

19 DE MARZO: SAN JOSÉ, ESPOSO DE LA VIRGEN MARÍA

CICLO C

3^a Lectura-I (Mt. 1, 16, 18-21, 24)



“José hizo lo que le había mandado el ángel del Señor”

«Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual nació Jesús, llamado Cristo.

El nacimiento de Jesucristo fue de esta manera: La madre de Jesús estaba desposada con José y, antes de vivir juntos, resultó que ella esperaba un hijo, por obra del Espíritu Santo. José, su esposo, que era bueno y no quería denunciarla, decidió repudiarla en secreto. Pero apenas había tomado esta resolución se le apareció en sueños un ángel del Señor que le dijo: –José, hijo de David, no tengas reparo en llevarte a María, tu mujer, porque la criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo. Dará a luz un hijo y tú le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de los pecados.

Cuando José se despertó hizo lo que le había mandado el ángel del Señor.» (Mt. 1, 16, 18-21, 24).

“Jacob engendró a José”: San Mateo da la genealogía de Nuestro Señor Jesucristo por San José y no por la Virgen María, porque esta era la costumbre entre los hebreos, y para ellos la paternidad legal era tan importante como la carnal y confería los mismos derechos hereditarios. Pero la SS. Virgen María también descendía de David, como lo atestiguan por tradición oral, tan próxima a los acontecimientos, S. Ignacio de Antioquía, S. Ireneo, S. Justino y Tertuliano.

S. Mateo dice que el padre de S. José se llama “*Jacob*”, pero S. Lucas dice que se llama “*Helí*”:

«Tenía Jesús, al comenzar, unos treinta años, y era según se creía hijo de José, hijo de Helí.» (Lc. 3, 23).

La solución más aceptada de esta aparente contradicción está en que S. Mateo da la paternidad natural de S. José, y S. Lucas la paternidad legal, según la ley del levirato:

«Si unos hermanos viven juntos y uno de ellos muere sin tener hijos, la mujer del difunto no se casará fuera con un hombre de familia extraña. Su cuñado se llegará a ella, ejercerá su levirato tomándola por esposa, y el primogénito que ella dé a luz llevará el nombre de su hermano difunto; así su nombre no se borrará de Israel.» (Deut. 25, 5-6).

“El esposo de María”: Ignoramos los adjuntos históricos que desembocaron en el enlace matrimonial de S. José con la SS. Virgen María. De lo que no tenemos duda es que ésta fue sin duda la voluntad de Dios, pero queda oculto para nosotros el desarrollo del proceso matrimonial, tan mal historizado por mentes mórbidas.

La expresión de S. Mateo en este inciso, “*El esposo de María*”, coloca a S. José en una perspectiva tan elevada que lo ubica en la órbita de la unión hipostática. No queremos afirmar con esto que S. José estuviera elevado al orden hipostático, sin más, sino que se movía dentro de la órbita de la unión hipostática, que su esposa poseía.

- **La Virgen María** está unida físicamente a la persona del Verbo eterno de Dios.
- La **Unión Hipostática** sitúa a María por encima de todos los seres creados y creables: **su grandeza es infinita**. No es la divinización de una criatura, es la divinización ontológica de la Maternidad divina de María SS.
- **Ahora bien**, S. José, por su matrimonio con la SS. Virgen María, está formando “*una sola cosa*” (Gén. 2, 24; Mt. 19, 5-6; Mc. 10, 8; Ef. 5, 31) con ella.
- **Luego**, esa realidad, de la que S. José forma parte, de alguna manera se mueve en esa órbita de la unión hipostática.
- Su posición en el orden hipostático le sitúa por encima de los mismos Ángeles (puesto que vivió en el círculo de la humanidad personal de Jesús). Sólo María SS., como Madre real y verdadera de Jesús, le puede disputar su posición en este orden hipostático.

“De la cual nació Jesús”: San Mateo y San Lucas enseñan expresamente que Jesús no procede carnalmente de S. José. San Mateo, desde el verso 2 hasta el 16, repite machaconamente: “**engendró a**”, pero al llegar a S. José (“*Jacob engendró a José*”) corta tajantemente el reiterado “**engendró a**”, para decir que Jesús no nació engendrado por S. José, sino sólo de María Virgen: “*Jacob engendró a José, el esposo de María, de la cual –no de los cuales– nació Jesús*”.

El versículo 16 es el anillo que une la genealogía de Cristo con la sección siguiente sobre la concepción virginal del Verbo en las entrañas purísimas de la SS. Virgen María:

«*Jacob engendró a José, el esposo de María, de la que nació Jesús, llamado Cristo.*» (Mt. 1, 16).

De este verso se desprende:

1. S. José es el esposo de la Virgen María.
2. No tiene parte alguna en la concepción de Jesús.
3. Tiene una responsabilidad legal y jurídica sobre el Hijo de su Esposa.

En este versículo 16 encuentras por primera vez unidos los tres nombres de la Sagrada Familia: Jesús, María y José, tan dulces para la piedad cristiana.

“Llamado Cristo”:

«CRISTO.

El griego khristos, “ungido”, de khriein, “ungir”, traduce en los LXX el hebreo “mâšîaj (Mesías). Cuando los discípulos reconocieron en Jesús al Mesías lo llamaron “el Cristo” (con artículo: cf. Mt. 16, 16 pp; Jn. 20, 31). Asimismo añadieron a su nombre de Jesús el título de “Cristo” o dijeron “Jesús, el llamado Cristo” (Mt. 1, 16; 27, 17, 22; Mc. 1, 1; Jn. 1, 17; Hech. 2, 38; 5, 42; 9, 34, etc.). Cuando el evangelio se propagó por el mundo helenístico, en que se ignoraba el sentido de este título judío, “Cristo” (sin artículo) se convirtió en segundo nombre propio de Jesús, sobre todo en S. Pablo (Rom. 6, 4, 8s; 8, 17; 81; 1 Cor. 1, 12s, 17, 23) y las demás cartas del Nuevo Testamento (1 P. 1, 11; etc.). A partir de este uso, se dio a los discípulos de Jesús el nombre de Cristianos, en griego khristianoi (Hech. 11, 26).» (DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO DE LA BIBLIA, Herder).

“El nacimiento de Jesucristo fue de esta manera”: Ya había hecho S. Mateo una afirmación implícita de la concepción virginal de Cristo en un versículo anterior:

«*Jacob engendró a José, el esposo de María, de la que nació Jesús, llamado Cristo.*» (Mt. 1, 16).

Este verso rompe la machacona insistencia de los anteriores, que dicen: “engendró a..., engendró a..., etc.” San José no engendró a nadie. Esto sería suficiente para defender la concepción virginal de Cristo, pero para que el hecho no ofrezca duda alguna, y quede aún más esclarecido el misterio, añade esta detallada narración, confirmada por el testimonio de Isaías, que es a la vez una prueba de la dignidad mesiánica de Jesús.

“La Madre de Jesús estaba desposada con José”: No se puede entender esta narración si se desconocen las costumbres acerca del matrimonio judío. La celebración del matrimonio en tiempo de Jesús constaba de dos actos comúnmente reconocidos:

- Los **esponsales**, que solían celebrarse privadamente.
- Las **bodas** públicas y solemnes, que consistían en conducir a la esposa, entre músicas y danzas populares, a la casa del esposo. Ésta era la ceremonia complementaria del contrato matrimonial, que solía celebrarse como un año después de los esponsales.

Los **esponsales** no eran una mera promesa de futuro matrimonio, sino un verdadero y perfecto contrato matrimonial. La desposada infiel era tenida y juzgada como adúltera; si moría su esposo, quedaba viuda y obligada a la ley del levirato; en una palabra, ambos esposos tenían desde entonces todos los derechos y obligaciones matrimoniales.

La Virgen María y San José contrajeron verdadero matrimonio en el momento en que celebraron los **esponsales**, pero no habían celebrado aún la ceremonia complementaria de las **bodas** públicas cuando el Ángel San Gabriel anunció a la Virgen el misterio de la Encarnación. Con todo, hay sus dudas al respecto.

“Y antes de vivir juntos”: se refiere al espacio de tiempo que transcurre entre los esponsales y las bodas. Es durante este tiempo cuando ocurre la Encarnación del Verbo en las purísimas entrañas de la SS. Virgen María.

“Resultó que ella Esperaba un hijo (fue hallada encinta)”: no es una expresión feliz “esperaba un hijo”. Se entiende mejor esta otra expresión: “fue hallada encinta”. No se trata de una realidad activa por la que una mujer concibe un hijo, sino de una realidad pasiva por la que, sin saber cómo, “fue hallada encinta”. Es otra indicación de la solemne virginidad de la SS. Virgen María. Aparentemente parecen ambas expresiones muy similares, pero la realidad teológica es decisiva: No se trata de la actividad genésica de la mujer, sino de la recepción de un misterio sin intervención activa femenina.

Desde este momento en que la Virgen María ha concebido, su espera trasciende a la espera de cualquier mujer en la venida de su hijo al mundo. En el caso de Nuestra Señora de la Espera hay una recogida de los deseos de la humanidad que esperaba la venida del Mesías. Con María SS. se cierra el tiempo de la espera y se inaugura el tiempo de la gracia en plenitud.

“Por obra del Espíritu Santo”: Todo lo que ocurre en María, toda su vida y todo su obrar, es obra exclusiva del Espíritu Santo.

«EL MISTERIO DE SU DIVINIDAD.

Pero esta genealogía no desdice de la dignidad de Cristo, sino que realza su misericordia.

¡Es tan admirable (la genealogía) que el que hizo y engendró a los padres, mediante la adopción naciera de los hijos! Vinieron a ser padres suyos aquellos de los que no era hijo. Él es el que le hizo el favor de ser su hijo; pero ellos no le dieron a Él nada para ser sus padres. Entre los hombres, los padres adoptan los hijos que quieren; pero este hijo adoptó a los padres que Él eligió. Allá, los hijos reciben de los padres la dignidad de la generosidad; aquí, son los padres los que la recibieron del hijo.

“María, su madre, estaba desposada con José, y antes de que conviviesen se encontró con que había concebido en su seno por obra del Espíritu Santo”. Puesto que en el futuro todos los santos nacerían de la virgen Iglesia, esposa de Cristo, el mismo Cristo nace de una virgen desposada; no fuera a ocurrir que el nacimiento de los siervos excediera en dignidad al del Señor. Y para que los hijos imitaran en todo el ejemplo perfecto del nacimiento paterno, por eso también María estaba desposada con un carpintero, porque también Cristo, esposo de la Iglesia, había de llevar a cabo toda su obra de salvación de los hombres mediante el árbol de la cruz.» (ANÓNIMO, Obra Incompleta sobre el Evangelio de Mateo, 1; PG 56, 630).

“José, su esposo, que era bueno justo (δίκαιος)”: El hombre **“justo”** es aquel que se retira respetuosamente ante la intervención divina. Es ésta también la reacción de los “justos” del Antiguo Testamento:

■ **De Moisés, cuando la Teofanía del Sinaí:**

«*Todo el pueblo percibía los truenos y relámpagos, el sonido de la trompeta y el monte humeante, y temblando de miedo se mantenía a distancia. Dijeron a Moisés: “Habla tú con nosotros, que podremos entenderte, pero que no hable Dios con nosotros, no sea que muramos”. Respondió Moisés al pueblo: “No temáis, pues Dios ha venido para poneros a prueba, para que su temor esté ante vuestros ojos, y no pe-*

quéis". Y el pueblo se mantuvo a distancia, mientras Moisés se acercaba a la densa nube donde estaba Dios.» (Éx. 20, 18-21).

■ **De Isaías cuando la visión de Yahveh en el Templo:**

«¡Ay de mí, que estoy perdido, pues soy un hombre de labios impuros, y entre un pueblo de labios impuros habito: que al rey Yahveh Sebaot han visto mis ojos!» (Is. 6, 5).

Cuando Dios se manifiesta e interviene en la historia del hombre, el “*justo*” se retira con temor, retrocede respetuosamente ante la majestad de Dios. En el caso que nos ocupa, el “*justo*” *José quiere separarse de María secretamente porque sabe lo que Dios ha obrado en Ella.*

Es posible que S. José hubiera llegado a comprender, escuchando el relato de la Encarnación de labios de la Virgen María, cómo había ocurrido todo realmente. Sabiendo que aquí se manifiesta la acción del Espíritu Santo, *S. José se aparta ante el “misterio”*. Ello se debe a un sentimiento de respeto y de *temor religioso* ante el misterio de Dios. Tal es la doctrina de algunos Padres de la Iglesia.

“*José... era justo*”: San José para Dios tiene nombre de “*santo*”: ¿cuál es tu nombre para Dios?

“*Y no quería denunciarla (revelar su misterio –la encarnación–, δειγματίσσαι)*”: dar a conocer, sacar a luz, hacer visible. A S. José no le era permitido “*revelar*” el misterio que María le había comunicado en confianza. ¡Hubiera sido algo inconcebible! Y resolvió, lleno de temor, separarse de María secretamente.

Y *lleno de respeto hacia María*, en quien el Espíritu Santo había obrado grandes cosas, S. José decidió dejarla totalmente en manos de Dios: nada tiene que ver con la expresión: “*denunciarla*”, “*repudiarla*”, “*infamarla*”, “*ponerla en evidencia*”, “*divorciarse*”.

“*Decidió repudiarla (separarse de ella, ἀπολύσσαι)*”: Aunque este verbo puede traducirse como “*repudiar*”, “*divorciar*”..., sin embargo, en el contexto de la perícopa mateana no es admisible. Es verdad que “*repudiar*” o “*divorciarse*” es “*separarse de la esposa*”, pero también es verdad que la separación de la esposa no tiene por qué ser sólo a causa de una ruptura repudiante o divorcista, también puede ser por creerse indigno de tal pretensión esponsalicia con la Reina de los cielos

y la tierra, y padre del mismísimo Dios. Y éste es precisamente el drama de S. José que aquí nos ocupa.

Era una *opinión corriente en la tradición patrística y medieval* que S. José conocía por la Virgen María el misterio de la concepción virginal. Por esta razón descartamos el “*repudio*” y el “*divorcio*” de la mente de S. José. Más bien se *retira respetuoso ante tan augusto misterio*.

«*José, hijo de David, no temas recibir en tu casa a María, tu esposa, pues, ciertamente, lo engendrado en Ella es obra del Espíritu Santo.*» (Mt. 1, 20).

Se presta a mucho morbo este pasaje en mentes mórbidas o poco reflexivas, pero no por otra cosa que por ser mórbida la mente del ser humano. Y si de la exégesis bíblica pasamos a la escenificación cinematográfica, llegamos entonces al colmo de la desfachatez mórbida.

“En secreto (λάθησα”: San José pensaba en su interior separarse en secreto de María: elige lo más prudente para con su esposa y lo más deshonroso para sí, pues se retira en el momento más delicado para la Virgen María, cosa que las gentes no dejarían de censurar contra San José. ¡En verdad que San José es hombre fiel!

La angustia de S. José viene determinada por la actitud de abandonar a su esposa en el momento más delicado para ella, precisamente en el momento que más necesidad tenía de él, pero S. José no se aviene a hacer la parodia de bueno ante la santidad augusta que reina en su hogar. No sufre S. José porque cree que su mujer le ha traicionado, sino porque tiene que dejarla cuando más le necesita.

“Pero apenas había tomado esta resolución se le apareció en sueños un ángel del Señor”: ¿Por qué Dios espera hasta un momento que se te puede antojar tardío: hasta que ha tomado la resolución de retirarse secretamente? –Es pedagogía divina que no entenderás. ¿No ocurre otro tanto en tu vida?: cuando ya has desistido en tu lucha contra algo, cuando ya te entregas en las manos del desaliento, desertor y traidor, entonces es cuando Dios se manifiesta de modo arrollador y te entrega en plenitud lo que en apariencia te había negado pertinazmente. ¿Y por qué no antes? –No te hagas preguntas, sencillamente espera la hora de Dios.

“Que le dijo: –José”: El Ángel del Señor le llama por su propio nombre: “José”. Se hizo digno S. José de que Dios tuviese su nombre en los labios.

“Hijo de David”: El Ángel le llama así para recordarle que había sido escogido para incorporar al Mesías en la descendencia davídica recibiendo a María SS. por su esposa. Es la parte material que le toca a S. José en la paternidad divina.

“No temas ~~no tengas reparo~~ en recibir en tu casa a María, tu mujer”: ¿A qué vienen estas palabras: “no temas”, para referirse a la cohabitación de dos esposos? –Aquí resuena el mismo “noli timere” (“no temas”) de la Anunciación a la Virgen María:

«El ángel le dijo: “No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios.”» (Lc. 1, 30).

Esta exhortación tiene en la Sagrada Escritura una profunda significación:

«Y a la cuarta vigilia de la noche vino él hacia ellos, caminando sobre el mar. Los discípulos, viéndole caminar sobre el mar, se turbaron y decían: “Es un fantasma”, y de miedo se pusieron a gritar. Pero al instante les habló Jesús diciendo: “¡Animo!, que soy yo; no temáis.”» (Mt. 14, 25-27).

«Una nube luminosa (durante la transfiguración del Señor) los cubrió con su sombra y de la nube salía una voz que decía: “Este es mi Hijo amado, en quien me complazco; escuchadle.” Al oír esto los discípulos cayeron rostro en tierra llenos de miedo. Mas Jesús, acercándose a ellos, los tocó y dijo: “Levantaos, no temáis.”» (Mt. 17, 5-7).

«Les decía: “El Hijo del hombre será entregado en manos de los hombres; le matarán y a los tres días de haber muerto resucitará.” Pero ellos no entendían lo que les decía y temían preguntarle.» (Mc. 9, 31-32).

«En medio de los candeleros vi como a un Hijo de hombre, vestido de una túnica talar, ceñido al talle con un ceñidor de oro. Su cabeza y sus cabellos eran blancos, como la lana blanca, como la nieve; sus

ojos como llama de fuego; sus pies parecían de metal precioso acrisolado en el horno; su voz como voz de grandes aguas. Tenía en su mano derecha siete estrellas, y de su boca salía una espada aguda de dos filos; y su rostro, como el sol cuando brilla con toda su fuerza. Cuando lo vi, caí a sus pies como muerto. Él puso su mano derecha sobre mí diciendo: “No temas, soy yo”.» (Ap. 1, 13-17).

En todos estos textos se está tratando del “*santo temor*” que el hombre experimenta ante una revelación de la presencia de Dios, una visión o una intervención divina (la *Transfiguración* (cf. Mt. 17, 2), las *apariciones pascuales*). Es este temor ante la presencia y la acción de Dios en la Virgen María lo que el texto de S. Mateo supone en S. José, el cual se dispone a retirarse lleno de respeto, en secreto; pues si Dios se ha tomado para sí a la Virgen María, ¿qué pinta él en este hogar? ¿Qué pretensión es la suya?

Pero aquí interviene el Ángel del Señor para fortalecer los ánimos del hombre “*justo*” que Dios dio por esposo a la Virgen Madre de Dios.

“Pues, ciertamente (τὸ γάρ):” esta expresión (“*ciertamente*”), cuya correspondiente latina sería “*enim*”, corrobora una afirmación anterior, y se traduciría: “*en efecto*”, “*cierto*”, “*en verdad*”, “*realmente*”, “*en realidad*”.

¿Y cuál es esa afirmación anterior, conocida por S. José, que ahorra corrobora el Ángel de modo tan rotundo? –El conocimiento que tenía S. José sobre la Maternidad Divina de María, con la que no podía convivir a causa de su respeto y santo temor de Dios.

La expresión “*pues, ciertamente...*”, supone que S. José sabía ya lo que el Espíritu Santo había obrado en su esposa la Virgen María. Pero, a los ojos de S. José, la concepción virginal de María SS. representaba un obstáculo para cohabitar con Ella. Y esta es la razón de que el Ángel salga al paso de esta dificultad, dándole una orden de parte de Dios: “*sin duda*”, el Hijo que ha sido engendrado en su seno viene del Espíritu Santo; pero él, S. José, ha de recibir en su casa a la Virgen María, su esposa, ha de convivir con Ella y *aceptar la doble misión de esposo y padre*.

S. José, “*como era justo*”, era un hombre modesto y no podía pretender que se le tuviera por el padre del Verbo Encarnado, de cuyo

origen divino tenía noticia por anuncio de la Virgen María. De aquí el proyecto de separación secreta de su esposa, pues el “*justo*” retrocede ante lo sagrado, cosa de la que tuvo que fortalecerle el ángel de Dios para indicarle la voluntad divina, que ignoraba: “*no temas*”.

Después de recordar S. Bernardo que, según Mt, 1, 19, José era “*justo*” y que, sin embargo, resolvió abandonar a la Virgen María, continúa:

«*¿Por qué quiso dejarla? Escucha, una vez más, no mi opinión, sino la de los Padres. La razón por la que José quiso dejar a María es la misma por la que Pedro alejó de sí al Señor, diciéndole: Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador; es también la razón por la que el centurión le apartaba de su casa con estas palabras: Señor, no soy digno de que entres en mi casa. Del mismo modo, José, juzgándose indigno y pecador (esta expresión es fuerte, pero en la época de S. Bernardo no se pensaba gran cosa en la santidad particular del Patriarca de la Iglesia), pensaba que una persona tan grande como María, cuya maravillosa y superior dignidad admiraba, no debía avenirse a hacer vida común con él. Veía, con sagrado asombro, que en ella resplandecía la marca inconfundible de la divina presencia, y no pudiendo comprender este misterio, quería dejarla. Pedro temió la grandeza del poder; al centurión le sobrecogió la majestad de la presencia; también José, como hombre que era, tembló ante la novedad de una tan gran maravilla, ante la profundidad del misterio: he aquí por qué quiso dejarla secretamente. Te extraña que José se juzgue indigno de la compañía de esta Virgen embarazada, y ves a Santa Isabel, que en su presencia se siente llena de respetuoso temor, y por eso exclama: ¿De dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí? Ésta es, pues, la razón por la que José quiso dejarla.*» (S. BERNARDO, Hom. “*Super missus est*”, II 14; PL 183, 68).

“La criatura que hay en ella viene del Espíritu Santo”: Todo lo que hay en la SS. Virgen viene del Espíritu Santo. Jesús es obra del Espíritu Santo en las entrañas purísimas de la SS. Virgen, pero tú también, mi querido hermano, eres una obra maravillosa del Espíritu Santo en el Templo de Sta. María, su Maternidad espiritual.

“Dará a luz un hijo”: No dará a luz “*tu hijo*”, José; sino que dará a luz “*un hijo*”. No es, por tanto, hijo carnal de S. José, sino Hijo Virginal de S. José.

“Tú le pondrás por nombre Jesús”: Como a padre legal del hijo que nacerá de su esposa, le corresponde a S. José imponerle el nombre, que será “Jesús” (*Y^ehôsu^{ac} = Yahveh salva*).

Y que S. José es padre de Jesús se deduce de que:

- José y María son “una sola cosa” (Gén. 2, 24; Mt. 19, 5-6; Mc. 10, 8; 1 Cor. 6, 16; Ef. 5, 31).
- Si la Virgen María tiene por Hijo a Jesús, también lo tiene su esposo S. José, pues son los dos “una sola cosa”.
- El propietario del fruto del vientre de María es S. José, luego le pertenece por derecho natural ponerle nombre a su hijo, como Padre Virginal que es de Él.
- Lo que Dios unió, no lo separe el hombre: S. José es Padre Virginal de Jesús.
- S. José no es ajeno a la Sagrada Familia: “una sola cosa” (Gén. 2, 24; Mt. 19, 5-6; Mc. 10, 8; 1 Cor. 6, 16; Ef. 5, 31).
- S. José le da a Jesús su propia Esposa para que sea su Madre Virginal.
- La Virgen María le da a Jesús su propio Esposo para que sea su Padre Virginal.
- Más aún, si la Virgen María está elevada al orden hipostático, ¿no lo estará también de alguna forma S. José, que se mueve en esa misma órbita?

“Porque él salvará a su pueblo de los pecados”: No hay obra más divina que la de perdonar pecados, como no la hay más diabólica que la de cometerlos. De aquí que tu mejor actividad terrena debe estar orientada hacia la lucha contra el pecado.

“Cuando José se despertó”: Cuando regresó a la realidad querida por Dios, cuando surgió del sopor en que le tenía sometido el sueño de su humildad.

“Hizo lo que le había mandado el ángel del Señor”: La obediencia de S. José a la voz del Ángel de Dios es perfecta, pues había en él mucho amor. Deshace S. José con esta obediencia la maraña de rebeldías de Adán y sus sucesores. Su humildad no le impide asumir la dignidad de la paternidad virginal divina.